





# LUCHÁBAMOS SIN ODIO

*La historia de un combatiente en la guerra de España*



JAVIER NAGORE YÁRNOZ

# LUCHÁBAMOS SIN ODIO

*La historia de un combatiente  
en la guerra de España*

PRÓLOGO DE PASCUAL TAMBURRI

EPÍLOGO DE FEDERICO SUÁREZ

**ÓLTERA**

2.<sup>a</sup> edición: marzo de 2011

Diseño de la cubierta: Synonymes

© Javier Nagore Yárnoz  
© Álera 2005, S. L.  
© Pascual Tamburri, del Prólogo.  
© Federico Suárez, del Epílogo

ISBN: 978-84-96840-62-1

Depósito legal:

ÁLTERA  
Bravo Murillo 79, 2º B, Esc, A  
28003 - Madrid  
Tel. 915 349 414

[editorial@altera.net](mailto:editorial@altera.net)

Impreso en España por Artes Gráficas Cofás S.A.

---

SI DESEA RECIBIR INFORMACIÓN SOBRE LAS NOVEDADES  
DE ÁLTERA, ENVÍE UN CORREO SIN TEXTO A LA DIRECCIÓN:  
[boletin@altera.net](mailto:boletin@altera.net)

---

## ÍNDICE

### PRÓLOGO

*Un navarro de (la) primera.* PASCUAL TAMBURRI 11

### I. EL «PARON»

En zona rojo-separatista. Otoño del 36 en Pamplona.  
¡Al frente! En Vergara y trincheras de Muneta. Comienza la acción 17

### II. VICTORIA EN EL NORTE

#### 1. Campaña de Vizcaya

Preparativos 29  
El día «D» 32  
Hacia Ochandiano 35  
Entre el Anboto y el Sevigain 38  
Los mandos de «las Brigadas» y las Brigadas 44  
Sigue la ofensiva 46  
En Durango y Pedernales 50  
Una laureada y una carta 54  
Rotura del «Cinturón de Hierro» y combates por Bilbao 56  
Liberación de Bilbao 64  
Los Jefes de la 1.<sup>a</sup> de Navarra 69  
Otros personajes. Fin del frente de Vizcaya 72  
El «jefe» de la sección 73

#### 2. Campaña de Santander

La rotura 76  
La maniobra 77

«Play-back» en los recuerdos	79
En Torrelavega	77
Fin de la maniobra	83

### 3. Frente de Asturias

Asalto a la «loma alargada»	86
El Mazuco	89
Un fusilamiento sobre el campo	92
El Benzua y la toma de Nueva	96
Entre el Mofrecho y el Sueves	101
Panorámica rápida	102
Colunga y la marcha «a por Gijón»	106
Fin del frente del Norte y desfile de vencedores	109
Descanso en Pamplona y la Laureada a Navarra	112
Cincuenta años después	115

### III. FRÍO EN TERUEL y PRIMAVERA EN EL ALFAMBRA

El traslado	121
¡A Teruel! Primera línea	124
Gea de Albarracín y enlace con Teruel sitiado	130
Cota 1.062	134
De Monreal del Campo a Calamocha, pasando por Caminreal	142
División de choque	145
Batalla del Alfambra	148
Imágenes aceleradas	151
Relevo y hospital	153
Muerte del teniente coronel Tejero y fin de la batalla de Teruel	154

### IV. «VAMOS A TIERRA CALIENTE»

Rotura del frente aragonés, ¡motorizados!	161
Visión caleidoscópica	165
Paso del Guadalope. Muerte de Jaime Díaz de Cerio	166
El asalto y cruce del río	171
Entre Caspe y Nonaspe	173

Primera llegada al Ebro	178
Imágenes en el recuerdo	179
Campaña del Maestrazgo. El «Corte» al mar	181
«Y Lácar en La Galera», y descanso en el «Levante feliz»	187
Destacamento de enlace	190
Recuerdos sincopados	190
18 de mayo a 2 de junio	194
De Peñagolosa (2.031 mts.) a Onda (100 mts.)	196
Atasco en Espadán. Con los moros	202
¡De permiso!	204
Muerte de Javier Armendáriz. Final en Espadán	206
¡Cuerpo de Ejército!	211

#### V. EBRO: MEDALLA MILITAR

¡Al Ebro!	213
En la «Masía del Cigarret»	213
La primera ofensiva de la 1. <sup>a</sup> : de Gandesa a Venta de Camposines, pasando por Corbera	219
Otros recuerdos, casi sincopados	225
La segunda fase: de Lavall de la Torre al río, pasando por Caballs	230
La fase final	237
Orla de honor y valor	241
¡Medalla Militar!	246

#### VI. ¡¡BANDERAS VICTORIOSAS!!

En Monzón	251
Tremp y la Baronia. Salta el frente catalán	256
Imágenes en el recuerdo	258
Navidades 1938	262
De la Sierra de San Mamed a Artesa de Segre	266
Comienza el Año de la Victoria	269
De Artesa a Cervera	274

De Cervera a Manresa	278
Desde Manresa a «la raya» de Francia	281
Desfile en Barcelona	284
Adiós, Cataluña. Hasta Gerindote	287
Última ofensiva	288
«Al paso alegre de la paz»	294

## APENDICES

1. La organización	299
2. Los hombres	323
3. La pequeña historia	379

EPÍLOGO, FEDERICO SUÁREZ	391
--------------------------	-----

## PRÓLOGO

### Un navarro de (la) primera

Unos 13.000 hombres, básicamente voluntarios, cubrían el frente nacional de Vizcaya y parte de Guipúzcoa a comienzos del otoño de 1936. Los mandaba el coronel José Solchaga y dependían administrativamente de la sexta división, con sede en Burgos y sucesivamente mandada por los generales De Benito, Álvarez Arenas y López Pinto dentro del Ejército del Norte de Emilio Mola. Todos ellos estaban desde el 1 de octubre a las órdenes de Francisco Franco como jefe «del Gobierno del Estado» y de los Ejércitos. Era aquél un «Estado campamental», como se ha dicho, nacido de un intento fracasado de golpe y cauce de la voluntad de al menos media España. Todo estaba por hacer, todo necesitaba ser organizado, y la improvisación era la regla. También lo eran la fe y la esperanza en un mañana mejor tras un presente doloroso.

Uno de aquellos hombres en armas era Javier Nagore. Sobre él se ha dicho y se ha escrito mucho, y demasiado a menudo se ha hecho sin tener en cuenta la opinión del principal interesado: él mismo. Navarro por los cuatro costados, don Javier no necesita presentación ni en Navarra ni fuera de ella, y ha sido protagonista de dos siglos de nuestra vida en común. Dudo personalmente que su juventud haya terminado nunca, pero cumplió con su deber en las aulas y en el frente cuando fue joven sólo de edad; y ha seguido cumpliéndolo desde entonces, más que generosa-

mente, en el Derecho y en la vida pública, con el mismo espíritu con el que vivió en las trincheras.

Aquellas fuerzas improvisadas de 1936 a las que Javier Nagore se incorporó eran una de las voces vivas de España, pero no eran aún, salvo en el nombre y en deseo, un Ejército. La marcha sobre Madrid y las batallas en torno a la capital habían demostrado la indomable voluntad y la sorprendente fuerza de los alzados, pero también que habría una guerra y que ésta sería larga. No bastaban ya las unidades tipo batallón, como los Tercios y Banderas de voluntarios que Navarra había producido en los meses anteriores. Hacía falta un verdadero Ejército, y la España de Franco empezó a crearlo en torno a dos núcleos: las curtidas fuerzas africanas y los voluntarios del Norte. Los cuatro sectores de aquel frente guipuzcoano dieron lugar a otras tantas Brigadas, las cuatro primeras Brigadas de Navarra que desde aquella Navidad hasta el final de la guerra civil fueron parte de la masa de maniobra franquista. La Primera de Navarra nació pues de la improvisación militar de aquel final de 1936.

Javier Nagore tuvo por ello la suerte de vivir, en la Primera de Navarra, casi todos los episodios decisivos de la Guerra de 1936. Su testimonio, varias veces agotado y ahora por suerte publicado otra vez, no va a gustar a muchos. Precisamente por eso es hora de recordarlo: porque si voces como la de Nagore callan prevalecerá una visión sectaria de lo que pasó, en el mejor de los casos, o directamente la mentira, en el peor.

Aquello fue, muy en serio, una guerra entre hermanos. No se trata de una metáfora, sino de una verdad cruel que dividió familias, también de militares, y partió en dos el país. Los cinco hermanos Pérez Salas combatieron unos contra otros como oficiales profesionales. Cuatro sirvieron al Frente Popular: Joaquín, coronel de Artillería y luego general, se rindió en 1939 en Cartagena y fue fusilado; Manuel, teniente coronel de Infantería, también fue hecho prisionero por las tropas de Franco, en Valencia; Jesús, coro-

nel de Infantería, cruzó los Pirineos al entrar los nacionales en Cataluña y marchó al exilio; José, comandante de Artillería, fue profesor de la Escuela de su Arma. Y del otro lado de la barricada, Julio, comandante de Caballería, mandó durante la guerra los tercios de requetés de Montejurra, de San Fermín, de Zumalacárregui y de Roncesvalles, fue condecorado con la Medalla Militar Individual y se retiró en la posguerra como teniente general. Un hombre muy vinculado a Navarra y a los navarros como ejemplo de lo que debería ser una verdadera memoria histórica.

Hermanos contra hermanos, y más como regla que como excepción. Mariano Gómez-Zamalloa, laureado en la defensa del Pingarrón contra los comunistas de Líster, estaba casado con una hermana de los hermanos Leopoldo y Arturo Menéndez, destacadísimos militares frentepopulistas. Así fue la guerra real, la vivida y aquí contada por Javier Nagore, una guerra que no fue de un ejército contra un pueblo sino de un pueblo dividido y de un ejército igualmente dividido. Hubo muchos más generales ya graduados en 1936 luchando contra el Alzamiento que a favor de él, y eso no es, por supuesto, casualidad. Una parte del pueblo español se entregó a la pasión revolucionaria y antidemocrática de la izquierda totalitaria, pero tuvo enfrente a otra parte del pueblo a la que demasiado a menudo en nuestros días se da por inexistente o se olvida. Y no deja de ser curioso porque, en definitiva, ellos vencieron.

Leer a Javier Nagore es acordarse de esa verdad fundamental: que bajo el mando de Franco había fundamentalmente pueblo, con todas sus virtudes y sus defectos, con toda su variedad y su improvisación. No fue el odio lo que movió a cientos de miles de españoles, sino amor a sus principios, a su Patria, a sus mismos hermanos imbuidos de las ideas contrarias y al Dios en quienes depositaron su fe y su esperanza. «Pues si algo hubo que nuestra generación... olvidó fue el odio. Y en cambio magnificamos el heroísmo, virtud por la que se gana el cielo». Con esta visión de las cosas la Primera de Navarra fue, precisamente, emanación viva de

la hoy Comunidad Foral, fuente riquísima de voluntarios que hoy parecen olvidarse, como si entre nosotros sólo hubiese habido víctimas de la lamentable represión. Recordar es deformar, y lo es doblemente cuando se cede a las modas del momento. Para que el recuerdo sea testimonio, para que la memoria no deforme la verdad, hace falta toda la sinceridad de un notario. Éste no es un libro de simples recuerdos, sino el testimonio de cómo fue aquella Navarra de primera, aquella Primera de Navarra. No fue, es verdad, una suma de perfecciones ni un coro de ángeles; pero tampoco fue una mesnada de genocidas y de criminales de guerra como algunos querrían. Fueron, en una gran mayoría, navarros. Nada más y nada menos.

Más que los hechos singulares que Javier Nagore reúne en sus páginas importa empaparse en ellas del ambiente que vivieron España y Navarra en aquellos años lejanos. Mucho después y sabiendo que nada tenía que ganar, don Ramón Serrano Suñer habló y escribió con emoción de aquel ambiente, que es el que encontró cuando consiguió incorporarse a la zona nacional tras la masacre de su familia en Madrid: «idealismo trepidante, de pronta abnegación, de absoluto desprendimiento (...) todo queda absorbido por la fiebre creyente, por la esperanza levantada, por la exigencia decidida de una España nueva y mejor». Y las luchas por la configuración del poder ni prevalecieron sobre ese espíritu común (a diferencia de lo sucedido en la otra media España) ni por supuesto llegaron a los frentes.

Que las memorias de guerra de Javier Nagore estuviesen agotadas, incluso su reedición parcial de 2006 en *Navarra fue la primera (1936-1939)*, era una mala señal, y una muy buena en cambio que Áltera haya decidido reeditarlas. Navarra, se quiera o no, vive a estas alturas del siglo XXI una crisis de identidad colectiva, tan grave como la del conjunto de España. Es bueno tener presente que no es la primera tormenta que hemos superado juntos, y que ya en otros tiempos y circunstancias España encontró un ca-

mino haciéndose un poco más navarra. Hace unos pocos años Javier Nagore recordaba una frase de don Francisco Javier de Lizarza, para quien «la palabra de un navarro debe valer tanto como el juramento de un particular». Pues bien, España trató de reconstruirse dando por buena y por modelo esa idea de la navarridad; una idea que muchos miles de navarros —más banderas falangistas que tercios de requetés en «la Primera», por cierto, aunque a veces no se recuerde—crearon con su comportamiento más que con sus palabras. España era en 1936 más navarra que en 1939, y Navarra tan esencialmente española como siempre.

Ese ambiente de los navarros en armas no desapareció con la guerra, pues siguió vivo en quienes la habían combatido y en muchos españoles y navarros, y su recuerdo nunca ha desaparecido del todo. Recordarlo hoy no es un acto de fidelidad a Javier ni un testimonio de lealtad a lo nuclear de los principios entonces defendidos y vividos. Recordar, revivir, releer hoy estas páginas es una manera de no olvidar que una vez, sin dejar de ser ella misma, Navarra fue la primera. Y puede haber muchas opiniones políticas —no es ningún secreto que Francisco Franco es, con los hombres que Javier Nagore retrata en esta fotografía de la Navarra en armas, protagonista implícito de estos recuerdos— pero la verdad es que Navarra no ha tenido otro camino que ser ella misma para estar, de un modo u otro, en vanguardia de España.

Es verdad que vivimos en una Europa en la que, a propuesta del Gobierno de la nación, el Alzamiento de 1936 y el régimen que de él y por él nació están literalmente condenados. Pero no lo es menos que el pasado no puede cambiarse, y que somos hijos y nietos de él. Leer a Javier Nagore es convivir con él y con todos los que con él compartieron aquella experiencia vital. Hacerlo permite entender, en suma, cómo y por qué los navarros estuvieron donde estuvieron, y de qué manera nos hicieron como somos. Sin odio. No es un libro para los que ya estuvieron allí, y ni siquiera para los que ya oyeron contar estas historias en su

infancia; son los españoles más jóvenes, las víctimas de la crisis de hoy, los que sacarán más provecho de saber, con toda sencillez, cómo hace ochenta años salimos, y no sin mucho dolor, de una peor que ésta. Lo digo con el orgullo de ser navarro y con la suerte de ser amigo de Javier Nagore.

PASCUAL TAMBURRI

## EL «PARÓN»

En zona rojo-separatista, Otoño del 36 en Pamplona. ¡Al frente!  
En Vergara y trincheras de Muneta. Comienza la acción.

¡Dieciocho años a cumplir en este enero de 1937! Quedaron detrás el primer año de Derecho —huelgas, palos y tiros en las calles de Zaragoza en el caliente junio de 1936—; los días iniciales del Alzamiento, en Zarauz; el apresamiento de mi padre en la cárcel de Ondarreta —tres veces *sacado* al patio de fusilamientos—; la soledad de mi madre; las oraciones de mi hermana carmelita, y el afán, ya en Pamplona, de «salir al frente», procurando todas las molestias posibles para conseguirlo al jefe del requeté navarro, Esteban Ezcurra.

**Pinceladas del recuerdo**

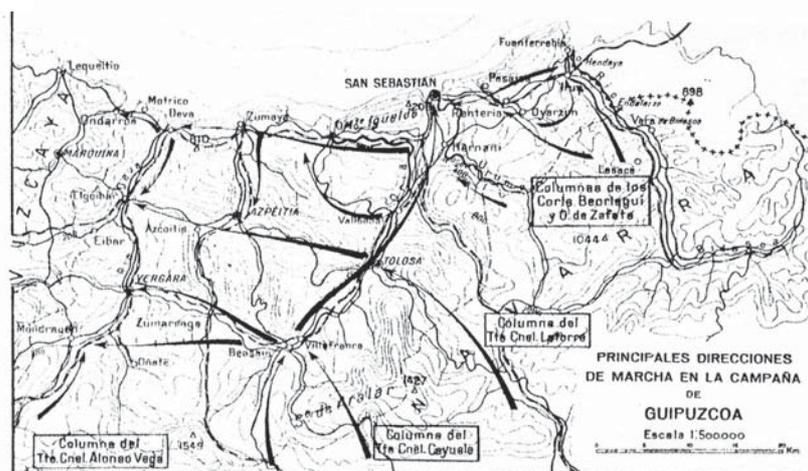
De vuelta de los exámenes de Zaragoza —1.º de Derecho en la vieja Universidad—, sin «sanfermines»; los días de playa en Zarauz, oyendo el bombardeo de los Cuarteles de Loyola, y las salvas del «Cervera» sobre San Sebastián; sol cegador en el pavonado de los fusiles de dinamiteros asturianos; y «cenetistas» y *gudaris* de Éibar desfilando en pelotones astrosos, hacia Irún primero, desde Irún después. ¡Ha llegado Irujol; ¡prisión de Honorio Maura, de Beunza, de mi ¡padre! Corro descalzo por las calles de Zarauz detrás del coche en que se llevaban a los prisioneros, encuadrados entre individuos «al tope» en armamento en un auto erizado de fusiles. «Mi jaca» y «Venta de Vargas»

— ¡buenas canciones vascas. sí señor!— en altavoces, asimismo «a tope». Pantalones cortos con destino a mi primo José Luis y a mí —que ya los llevábamos largos— para evitamos caer en las redadas en las que los veraneantes — ¡oh, buen pueblo de Zarauz!— eran conducidos en «cordadas», con picos, palas y azadones a abrir trincheras por los montes guipuzcoanos. Tarjetas de mi padre desde la cárcel de Ondarreta — «estamos bien y rezamos continuamente»— combinadas con las noticias de los diarios fusilamientos de presos. Y la gran esperanza en las tropas nacionales, «despeñadas» después de la toma de San Marcial, inundando valles, montes y pueblos ya de «cara» a Zarauz: 1 de septiembre, asalto y toma de San Marcial, donde cayó herido García Valiño al mes de escaparse de Zarauz por las montañas, y fue sustituido, como jefe del Tercio de Montejurra, por Pérez Salas; ¡5. Irún!; 12 de septiembre, asalto de Santiagomendi con el impulso resuelto de Tejero (nombres todos que han de figurar en la vanguardia de la 1.<sup>a</sup> de Navarra); 13, San Sebastián —¡los 40 de Artajona, al mando de Ureta!—; 15, retirada desordenada de «rojos»; últimos cartuchos de dinamita en puentes, atarjeas y alcantarillas; banderas españolas en Aya; frenética carrera hacia los primeros falangistas que —casco, gorrilla y pistola ametralladora— bajaron de Aya y, cantando y por la calle, llegaron a la Plaza Mayor. Y días después, Pamplona: anochececeres en la plaza del Castillo, altavoces dando el «parte oficial»; plaza de armas de todo un ejército: soldados, requetés, falangistas, legionarios, regulares; prestigio de los heridos —recuerdo, entre ellos, dos «cadetes» del Alcázar, recién liberado, de barba adolescente y caras harinadas—; enfermeras de capas azules; margaritas con blancas boinas; noviazgos en los soportales; «Oración y Penitencia» por las madrugadas en la Iglesia de San Nicolás; ejercicios de tiro —abundaban fusiles y pistolas— en la chopera de Burlada, con «blancos» sobre el gris talud de «tarrabatán» ...

Encuadrados ya en el «Tercio de Navarra», nos llamó, a Luis M.<sup>a</sup> Olaso y a mí, el jefe Ezcurra, ordenándonos el traslado a Vergara y el ingreso en una unidad especializada —«Tercio de Requetés de Radios de Campaña»— organizado por la Comunión Tradicionalista a fin de mostrar la eficacia de su organización militar «a la moderna». Como iniciadores, los Oriol, Fontanar, Ortiz, Goitía, Satrústegui, Figueroa, Londaiz, Brunet, Tellechea, Bianchi...; éstos iniciaron las aportaciones de material, completado más adelante por el construido en los talleres del propio Tercio con com-

ponentes adquiridos en Francia. La unidad se estaba formando en aquellos días. A lo largo de la guerra tuvo sus Compañías y Secciones adscritas a las unidades militares, como una más entre éstas: las del Ejército del Norte primero y, más adelante, en las de casi todos los ejércitos nacionales. Mandaba, el Tercio el capitán de Ingenieros don Juan Manuel Alvarez de Lorenzana. Y don Ángel Goitia, natural de Jerez, Ingeniero de Caminos, marqués de los Álamos del Guadalete, fue entonces, cuando yo me incorporé, nombrado capitán jefe de las Secciones adscritas a las Brigadas de Navarra.

«Quien manda, manda, y cartuchera al cañón». Sin obediencia al Mando no hay Milicia posible; yo oí esta versión —sin saber que la sentencia era nada menos que del marqués de Santa Cruz de Marcenado— de labios de Olaso. Bastaba, ante un «quinto» como yo, la autoridad de quien, como Olaso —más adelante nuestro teniente, siempre nuestro maestro —era voluntario del 19 de julio, herido en Oyarzun con el Tercio de Lácar—, bastaba eso para refrendar la obediencia y «estar contento de estar en el cuartel». Aunque entonces cuarteles como el de Vergara se hallaron durante meses bajo el fuego de las granadas. El 4 de enero de 1937 se nos dio la orden. El 5 nos hallábamos en Vergara.



## Motivos del recuerdo

Viaje desde Pamplona en un lento tren, ya viejo en 1920; tropas, abarrotando los destartados vagones, vociferando en las estaciones: Zuasti, Irurzun, Huarte-Araquil, Echarri-Aranaz —la Navarra vascona entre «San Donato» y Aralar—. Alsasua, Zumárraga —ésta ya con los sonos y retumbos de los cañonazos y disparos de las líneas del frente— cantando aquellas primeras jotas navarras popularizadas por la guerra:

«Viva Navarra valiente.  
la Provincia noble y brava.  
la que abandona los campos  
para salvar a la Patria»;

o aquella otra, recién dejada Pamplona, que abría la puerta a la primera nostalgia:

«A las orillas del Arga,  
las golondrinas cantaban,  
y en sus trinos repetían:  
¡qué hermosa tierra es mi Navarra!»

Negra carbonilla en los sucios andenes de la estación de Alsasua. Chicoleos a las mozas en los andenes. Larguísimos trenes de mercancías llenos de atalajes bélicos: cañones, mulos, más soldados. Autobús de Zumárraga a Vergara. Tarde fría y gris, amenazando nieve. Víspera de Reyes, clima de guerra en el Alto de Descarga; fogonazos en los Inchorta, en las faldas del sombrío y escarpado Udala; retumbar de cañonazos; «pac-cum» de los fusiles, y el tijeretazo de las ametralladoras respunteando la tarde, ya de caída. Escolta del teniente coronel —García Valiño— a la entrada de Vergara, en un chalet sobre la carretera de Anzuola, con alto cerco de piedra sillar. Y el propio teniente coronel por las calles: gorrillo cuartelero, traje marrón oscuro, de pana acanalada, y los «huevos fritos» —estrellas de teniente coronel habilitado— sobre fondo de paño negro. Junto a Valiño dos comandantes: «el de los ojos azules» — ¿Gómez?—, con el uniforme azul y rojo de la Infantería de Marina, y «el de las gafas azules» —

Jorge Vigón—, artillero de la 1.ª Brigada. Cruzamos frente a los jefes —mochila en bandolera, briches y bandas de lana sobre las piernas, abarcas navarras y cartucheras flamantes— y saludamos llevando la mano a la boina roja. ¡Primer saludo militar en el frente!

Nuestro cuartel —almacén destartelado a cuyo final una galería encristalada, que bien poco duró, daba a Elgueta y al emplazamiento, a tiro directo, de los cañones rojos del 10 y del 15,5— se hallaba frente al edificio de Correos de la Villa, edificio de sillería ocupado, en parte, por la Plana Mayor del cuartel general de la 1.ª Brigada de Navarra.

Presentados al alférez que mandaba la sección —Pepito Urtubi—, éste nos designó alojamiento y ordenó los relevos para las posiciones y líneas de trincheras. Desde el 6 de enero al 31 de marzo una rutina «en rueda» —trincheras, posiciones, servicio en éstas; descansos en Vergara— ocupó nuestro afán de servicio y sacrificio. Que era todo.

### Película del recuerdo

«Fonda Gaspar», establecimiento que ocupamos, casi al completo, los 15-20 hombres de la 1.ª Sección. Al llegar Olaso y yo encontramos instalados a «los primeros de la 1.ª», incorporados unos días antes: Damián, Echarte, Francisco, Izpura (navarros), Mendoza, Valdivielso, los Bianchi, Cotarelo (guipuzcoanos), y más guipuzcoanos todavía, del mismo Vergara: Elósegui, Lasa, Ayastuy, Claudio —con pelos hasta en el ombligo y manazas inverosímiles en un técnico de radio—, Urtubi y el capitán Tellechea, Más adelante se incorporó José Mari Lizarralde, «puntal» de «los guipuzcoanos» de la Sección. La composición de ésta, su nacimiento, el modo en que llegó a ser núcleo y matriz del tercio de R.R.C. —todo ello desconocido entonces a los voluntarios recién incorporados— lo explicaba entonces, luego de oír a Urtubi, «primero entre los primeros», el bueno de Claudio: «¡Providencial, hombre, providencial!» Almuerzos calientes en «Casa Gaspar», nunca pagados «del todo»; ranchos en frío en los

ejercicios de entrenamiento por los montes y pinares que rodeaban Vergara, y se hallaban, casi todos, batidos por el fuego enemigo; porteo de los aparatos —radios de 13 kilogramos, con mochila de espalda y antenas fijas para instalar en las cimas y contrapendientes de las posiciones y en los bordes de las trincheras, referencias magníficas para los tiradores de enfrente—; sudor en las ascensiones por las escarpadas laderas cercanas a Anguiozar, a Mártires, o Muneta; carretera de Placencia de las Armas, siempre batida; meriendas en las confiterías vergaresas, en un ambiente decimonónico, con bizcochos de Mendaro y «chocolate a la española»; Hospital de sangre en plena línea de fuego; bromas a «Mefistófeles» —José Antonio Bianchi, el gran técnico, y luego, con su hermano, ya en la paz, poderosos industriales— y a Paco Armengou, catalán ejerciente y simpático. Paseos hacia «Los Mártires» para, desde la ermita de Santa María, al amparo de sus soportales, «ver» de cerca las explosiones de los obuses, con el deseo —inconsciente temeridad— de que nos cayesen todavía «más cerquica», las granadas (los tiempos del Ebro, en que toda protección de cemento llegó a parecernos deleznable, estaban muy lejos).

¡Qué invierno aquél! En Vergara tomó cuerpo la sección 1.<sup>a</sup> de R.R.C. adscrita a la 1.<sup>a</sup> Brigada de Navarra. Allí se forjó su personalidad tan especial: cantón autónomo, más dependiente de los mandos de la Brigada que de los propios mandos del Tercio, del que fue núcleo iniciador; mandos, los de nuestro Tercio de R.R.C., lejanos —para nuestra Sección— durante toda la guerra. La pequeña unidad especializada fue un gran éxito. Casi todas las unidades de la 1.<sup>a</sup> Brigada de Navarra —luego 1.<sup>a</sup> División—, desde el Batallón (a veces hasta la compañía de vanguardia en los asaltos) a la media brigada y agrupaciones, tuvieron sus escuadras —cabo y dos hombres—, sirviendo los pequeños aparatos transmisores—receptores, adaptados para la guerra por técnicos magníficos.

¿Recordáis, amigos? Vemos al alférez Urtubi, de ganchuda nariz y potente voz atenorada, entonando su canción favorita: «*Quié-*

*reme, mi mulatona, quíereme, / dame el alma en un beso y dime adiós, / olvídate de mí pues el destino, / ha puesto un hondo abismo entre los dos*». Canción coreada por toda la Sección, y que hacía poner en blanco los ojos a Eusebio Izpura, Urtubi, el mismo que, dos años después, mandaba las secciones de R.R.C. instaladas —por él, Armengou, Londaiz y Alejandrino García— en las flotillas de lanchas torpederas; el gran «Pepito», con su estrella de Infantería, transformada, después en las barras doradas de teniente de Marina. Ved a los hermanos Bianchi (sí, los creadores en la paz de las potentes industrias de material eléctrico y acumuladores); ved a uno de ellos, José Antonio, el de cejas espesas y circunflejas, el de la larga y acaballada nariz y tez rubiasca, al que siempre conocimos por «Mefistófeles»; ved a Armengou, con sus briches de lona; a Lostalé: «*Lostalé, gran Lostalé, / que hizo la Radio Tudela, / y las antenas dirigidas, / oh, Mariano Lostalé*», como le cantábamos con musiquilla tan ramplona como la letra era absurda. En fin, a todos los que adaptaron y mantuvieron en servicio, en una guerra moderna, los frágiles aparatos.

La Comución Tradicionalista, organizadora del Tercio de R.R.C. —Urtubi nos cuenta en el Apéndice I de este libro el nacimiento de la unidad a través de una conversación con Esteban Ezcurra, jefe del requeté navarro—, los puso al servicio del Ejército nacional, apuntándose así un tanto de excepción, pues de los pesadísimos transmisores —receptores fijos—, casi inmuebles con su apariencia de centralilla eléctrica, propios de la guerra inmóvil, de trincheras y fortificaciones y plazas sitiadas, se pasó al antecedente inmediato de los de la segunda guerra mundial, los *talky walky* -. El «puente» de tal paso lo fundamentaron nuestros aparatos— «transceptores N.C.A., de 13 kg, de peso, de fabricación norteamericana para ondas ultracortas, transmitiendo en la banda de 56 Me/s con potencia de salida de 1w», según testimonio de Urtubi— que acompañarían a los P.C., a los batallones y a las compañías de asalto durante toda la campaña.

## Película del recuerdo

Muneta, posición dominando el cruce de carreteras y ferrocarriles de Málzaga; situada en la misma cima del monte, con una avanzadilla a 500 metros, ya en la ladera hacia Éibar. Subíamos desde Placencia por un empinado camino empedrado, entre zarzales y helechos; cada semana nos relevamos en la posición. Frente a ella, Arrate y el Kalamúa, donde se situaban otras radios de nuestra Sección; con ellas enlazábamos cuatro veces al día. ¿Recuerdas, sargento Olaso —pues lo eras entonces—, o recuerdas, Pachi Díaz de Cerio, de la escuadra en la que yo me integré, aquella «chabola» en la cresta del monte, luego destruida por un impacto directo del «quince y medio»? Para mí —no para Olaso, veterano del 19 de julio y herido en la toma de Oyarzun; no para Pachi, más veterano todavía, pues se alzó, desde Bargota, el 17 de julio y apareció el mismo día en Logroño, «a tomarlo», junto con Luisón, con el que siguió los primeros meses en el Tercio del Rey, en tierras de Castilla, por Somosierra y Navafría—, para mí, digo, las de Muneta fueron las primeras emociones de la guerra. Unas dramáticas (allí tuve que leer, con el alma en un hilo y la angustia en la garganta, la tremenda lista de cerca de 400 nombres de los asesinados en Bilbao el 4 de enero de 1937, en las matanzas de los barcos —en ellos fusilaron a dos parientes míos, los Orovio Larrosa—; de las cárceles —Larrinaga, Los Ángeles Custodios y El Carmelo de Begoña—; para cerciorarme de si entre los muertos se encontraba o no mi padre); otras cómicas (la incapacidad de Francisco para guisar; la inscripción en el dintel de la chabola que sacaba de quicio al «brijada» Aznar, del 1.º de América: «¡Viva la mierda!»; y en la que —en la chabola— organizábamos tertulias nocturnas —que solían disolver los obuses disparados desde Elgueta y altos de Éibar— con Goldaracena y Caro, voluntarios en la Sección, y que estuvieron poco en ella, y con Julián Vergara, el jugador internacional de Osasuna, soldado del Regimiento de América, que fue herido de metralla meses más tarde, y que acudía con sus «fans» del Batallón, pues «ya entonces era famoso», no sólo como héroe del fútbol navarro, sino como narrador de cuentos y

sucedidos de Olite, donde había nacido) y, finalmente, otras emociones itinerantes, aventureras y casi intelectuales: salidas nocturnas de la posición atravesando las alambradas y la avanzadilla, en busca de gallinas y conejos por «los barrancos de nadie» y por los caseríos abandonados y en ruinas entre las líneas; bombardeos de los cañones de Elgueta, Éibar y los Inchorta; visitas a la Batería del comandante Sanz, en la que servían como alféreces provisionales Antonio y Javier Sagasetta y Pedro María Ortiz, con los que sosteníamos báquicas y estudiantiles discusiones.

Invierno «del parón» en el Norte, con sus relevos y sus partes diarios: «Ejército del Norte: sin novedad, con ligeros tiroteos y fuego de cañón». Invierno con las subidas y bajadas a las trincheras —siempre en los montes—; las estancias de descanso en Vergara —casino, meriendas de «glorias», «rellenos» y chocolate—; los breves permisos —unas horas— pasados en Pamplona y, despojados del atuendo militar, «de paisano y corbatica», como decían los Eliso al volver de su pueblo, Arróniz; la vida del soldado: gritos, cánticos, barullo en las calles atestadas; ir y venir de hombres y máquinas en guerra, y, de vez en cuando, las explosiones de las granadas, los muertos y heridos diarios «en la plaza»; los «pasos» batidos en Mártires y Placencia de las Armas, y la carretera, «por donde Altos Hornos y el bar Zabala», hacia Mondragón, dominada por el Udalaiz y tiroteada y cañoneada constantemente por las baterías rojas de los Inchorta.

### **Película para los primeros**

Olaso, Damián, Pachi, Lostalé, Lizarralde, Pagola, Gastaminza, «Valdi», Echarte, Llanos, Manolo y José Luis Marañón, Valero, Garitano, Mendoza, Juanito Torre, «Calvoroto», los Segurola, Manu y Estanis. Os veo entonces: a ti, Olaso, cumplidor, exacto, fumador de pipa, ya respetado y querido por los jefes; a ti, Damián, chicoleador — ¡ay tus azules ojos posados en las rubias vergaresas!—, optimista *enragé*, enterado de todos los

secretos militares; a Pachi, espécimen del carlista y de los gritos carlistas, que, *oportune et importune*, llenaban y salían desentonadamente de tu garganta; a ti, Lizarralde, número 1 del «equipo guipuzcoano», su líder moral y efectivo, organizado, puntual, sabedor del calendario y de todo el santoral del año; a ti, Mariano Lostalé, brujo de la electricidad, de las frecuencias, de las ondas y —tú lo decías— «demás pichorradicas»; a Pagola, flaco, estirado, huésped en Vergara, pues él se acomodaba, con su inseparable Gastaminza —«Pagominza» y «Gastagola» los llamábamos— en los puestos y trincheras que defendían Elgoibar (Kalamúa, «la Dos», Arrate), en donde alternaban con los Marañón, Izpura, Valero y aquel inefable Hilario Hernando («Don Hilario»), hombre barbilampiño, de edad indefinida y aspecto de casero viejo, que desapareció pronto de la Sección; a ti, Valdivielso, bullidor, conquistador, donostiarra castizo «del Antiguo»; José Luis y Manolo Marañón, Valero, los Seguro, falangistas todos ellos, que con sus camisas azules predicaron la verdad de la unión de los combatientes nacionales en la guerra (al menos así fue en nuestra Sección); a Echarte, hombre discutiendo y polemizando aquellos días, algo fantasioso y mandorrotón ... , y ¡Mendoza!, el aristócrata extremeño de aspecto indescriptible: feo, gordo, pelo de lana, neozelandés, haciendo juego con las peludas medias que, junto con el pantalón de pana gorda, le duraron (¡yo lo juro!) toda la guerra; Mendoza, Alfonso de, corazón de oro, bromista y cara dura de natural; excéntrico, sin pizca de esnobismo («qué hay, tío pinta!»), demócrata, pero marqués: amigo de todos y admiración de Valiño. Siendo Mendoza, en ausencias de Olaso, el sargento más antiguo y al mando de la Sección, cuando, en operaciones o en descansos pedía la orden a Valiño, Jefe de la 1.<sup>a</sup> de Navarra, solía parar con un gesto el coche del general o le abordaba en su P.C., su puesto de mando, y sin saludar siquiera, con las manos en los bolsillos del pantalón de marras, o en los de una violácea y gruesa cazadora de paño que casi nunca se quitaba, interpelaba a Valiño:» Hola qué hay, qué hay para mañana!». Los ayudantes y enlaces de Valiño — hombre ordenancista y rígido si los hubo—, palidecían ante tan insólita y «fresca» petición de órdenes. Pero a Valiño le caía en gracia. No se dieron, creo, muchos casos así.

Invierno de «sin novedad en el frente» (los partes oficiales en los meses de enero a marzo del 37 repitieron para el Ejército del Norte la acuñada expresión: «Sin novedad en los frentes de Guipúzcoa y Vizcaya»), en el que la nostalgia del hogar, de Navarra y de la novia, se expresaba en las canciones que yo recuerdo hoy como representativas de aquel tiempo de guerra, una guerra todavía adolescente:

«No llores, chaparrita,  
no llores por tu Pancho,  
que si se va del rancho  
muy pronto volverá»

«Ayer noche y anoche  
y esta mañana  
me ladraron los perros  
de doña Juana,  
guay, ay, ay, ay»

«Como las cañas huecas  
son las mujeres:  
si las miras un poco  
locas se vuelven  
guay, ay, ay, ay.»

«Como la perdiz herida,  
que baja a morir al soto,  
así está mi corazón  
cuando te veo con otro.»

«Los ojos más soñadores  
los tiene mi colombiana,  
y yo me muero de amores  
por esa rosa temprana,  
que es un manojo de flores,  
mi querida colombiana.»

Terminado con la del «*Adiós, Pamplona, / Pamplona de mi querer, mi querer, / adiós, Pamplona, cuando te volveré a ver*»; o con la

que fue constante en los combatientes navarros en todos los años de la guerra:

«Adiós, Pamplona, que es mi Navarra.  
Adiós, pero no pa siempre.  
Que si cien años viviera,  
cien años vendría a verte.»

Pero ya, sobre el día 21 de marzo, las tropas comenzaron a moverse, y los primeros nos movimos nosotros. Quiero dejar aquí constancia que en la Brigada, y luego en la División, la más segura «radio macuto» era, precisamente, nuestra Sección. Hasta el punto que se decía por los combatientes, y en todas las unidades: «¿Ofensiva? Seguro que sí, y pronto, pues ya han aparecido los de las *arradios*.»

Nos movimos de Vergara a Mondragón, de Mondragón a Escoriaza y luego a la ofensiva.

La 1.<sup>a</sup>, después del «parón». No tuvo ya descanso «aparente» hasta el final de la guerra.

«Conocerse y conocer al enemigo, esto es lo imprescindible para la guerra», escribió hace tres siglos el sentencioso Melo en su *Guerra de Cataluña*. Pues bien, estábamos preparados. La 1.<sup>a</sup> Brigada de Navarra estaba a punto.

Había pasado el invierno. Llegaba la primavera.